

Salta Aprende en Casa

Plan de apoyo educativo ante la emergencia sanitaria

EDUCACIÓN PRIMARIA



PROYECTO: "Conocemos a los diaguitas"

NIVEL: Primario

GRADOS: 1ro

AUTORA: Alfonsina Barraza

Para entrar en tema:

A los mayores que están en casa:

En estos días de obligada estadía en casa, donde estamos todos juntos durante mucho tiempo, una buena opción para pasar el tiempo con los más chiquitos es el *narrar*, el contarles cosas: cuentos, historias, anécdotas familiares, chistes, leerles historietas y cuentos con ilustraciones, etc.



Las familias de antes, que no tenían tele ni wifi, usaban las horas de la tarde noche para contar historias, propias o ajenas, que se convertían en parte de la historia familiar y contribuía a generar, de a poco, un sentimiento de pertenencia a los más chicos de la casa. En este caso, les ofrecemos una propuesta que cuenta un cuento sobre las poblaciones diaguitas que habitaban estos cerros antes de que lleguen los españoles. Ustedes lo cuentan, les muestran los dibujos y los chicos lo van incorporando sin

esfuerzo, porque es un cuento que cuentan en casa, no es necesario "tomarles lección" ni mucho menos. Si la historia viene de alguien que ellos quieren, la van a aprender rápido y fácil.

Los invitamos, entonces, a contarles a los más chicos historias que les cuenten sobre ellos, sobre ustedes y de paso, aprendemos juntos y jugando.

Para armar y desarmar:

Vamos a aprender aspectos de la vida cotidiana de los pueblos diaguitas, introduciendo el tema a través de un cuento, lo que les va a permitir ejercitar (como en Lengua) la escucha, la oralidad y el retener información para luego plasmarla de diferentes maneras. Vamos primero con el cuento:

Los animales y la lluvia

¿Vieron cómo ahora los chicos usan tazas con distintos dibujos? ¿Ustedes tienen alguna?

Hace muchos, muchos años, la gente que vivía por acá, entre los cerros, también les hacía dibujos a los objetos que usaban todos los días.

¿Quieren que les cuente una historia de cómo aparecieron esos los dibujos?



Acá va:

Había una vez un sapo. Resulta que este sapo vivía en el cerro. Él y sus amigos se juntaban de noche a cantar y a contar historias y relatos y tomarse algo por ahí. Todo sin el permiso de su señora, que no le gustaba nada que su marido ande por ahí con los changos, de noche, cantando y contando. Pero lo que más le gustaba al sapo era salir cuando llovía. Primero veía los flashes de los rayos en el cielo.

Después, se aturdiría cuando escuchaba que tronaba el trueno. (Si hubiera tenido orejas, seguramente se las hubiera podido tapar, pero no tenía, así que se aguantaba resignado todo el ruido del trueno). Después, venía lo más lindo: primero una gota, después una gota gorda, después otra gota y otra y otra y después toda la lluvia entera.

El sapo se ponía loco de contento y salía a chapotear. Y no solamente salía él. También salían los changos. Además, aparecían las ranas, las víboras, los suris y hasta su señora.

Es que la lluvia, digan si no, es linda. Es lindo mojarse, es lindo jugar, es lindo ver y oler la lluvia.



Pero un buen día la lluvia se empacó y dejó de llover.

Mal día, en realidad para todo el mundo.

Malos días para los ríos que bajaban del cerro, que empezaron a hacerse finitos y después a secarse.

Malos días para los animales del cerro, que no tenían qué beber.

Malos días también para los hombres que vivían entre los cerros porque sus plantitas empezaron a secarse. El maíz se puso duro, no servía ni para pochoclo. Se hicieron unas cuantas humitas, pero estaban tan duras que los chicos las usaron como piedra para la honda. Con la polenta se podían hacer figuritas como de las de cerámica para las tortas. El zapallo amarillo se puso blanco y así el guaschalocro parecía que tenía hepatitis. Con los porotos no se podían hacer ni collares. Sólo se podía jugar a la lotería, pero nadie tenía ganas en realidad, porque todos tenían hambre.

Empezaron a desesperarse. Animales, plantas y hombres. Había que hacer que llueva.

Entre los hombres, hubo uno que se le ocurrió una idea: salir a pedirle al sol, que tiene más autoridad, que le diga a las nubes que salgan, a los rayos que saquen fotos y a los truenos que truenen. Así, la lluvia empacada y todo iba a tener que llover.

Con esta idea, el hombre se subió a la punta del cerro, para estar más cerquita del sol.

Se arrodilló, agachó la cabeza en señal de respeto y juntó sus manos y rogó despacito: "que llueva, por favor que llueva, por mis plantas, por mis animales, por mis hijitos, por favor que llueva..."

Y así estaba el hombre, arrodillado y casi llorando.

Al verlo al hombre tan afligido, al sapo le dio pena. En realidad, también le pareció buena la idea del hombre de pedirle ayuda al sol que es tan poderoso. Y ahí nomás los llamó a los changos para que lo acompañen a él y al hombre a pedirle al sol que les diga a las nubes, a los rayos y a los truenos que salgan para que salga la lluvia. Poco a poco se fueron acercando también las ranas, las víboras, los suris y hasta su señora.

El sol, que estaba en lo alto, al ver el espectáculo que se ofrecía en la punta del cerro, se acercó para ver.



Llamó a sus amigas las nubes y les dijo: "¡Vengan a ver!, ¡aquí abajo hay un hombre rodeado de sapos, ranas, víboras y suris! ¡Ah! Y más allá la veo a su señora. Qué espectáculo tan simpático. Vengan rayos, sáquenles unas cuantas fotos, vengan truenos, rían a carcajadas."

Las nubes, los rayos y los truenos le obedecieron, porque a nadie se le ocurría contradecir al sol.

Y ahí nomás, empacada como estaba, la lluvia tuvo que salir.

Primero una gota, después una gota gorda, después otra gota y otra y otra y después toda la lluvia entera.

¡Qué contentos se pusieron todos! Las ranas cantaban, las víboras se retorcían, las arañas se arañaban, los changos se abrazaban entre ellos y el sapo se abrazó con su señora. El hombre reía y lloraba a la vez.

De allí en más, los hombres del cerro les agradecieron a esos animales de una manera muy linda. Decoraron todos los objetos de cerámica que ellos usaban todos los días con sus figuritas, a manera de recuerdo: tenían tazas dibujadas con sapitos, ollas con vioritas, y así también los vasos y las fuentes.

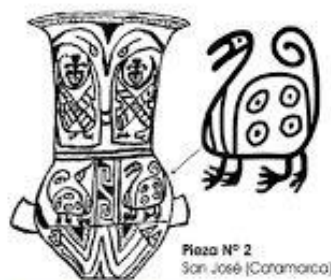
De ese modo, al momento de compartir las comidas, los hombres recordaban la importante ayuda de los animales y agradecían a la lluvia y al sol que les daban el alimento cotidiano.

Y no sólo eso: hombres y animales aprendieron lo bueno que es unirse para conseguir cosas.



Autora: Prof. Alfonsina Barraza

Para conocer más:



Pieza N° 2
San José (Catamarca)



Pieza N° 7
Procedencia desconocida



Pieza N° 10
Región de Santa María



Pieza N° 11
Punta de Balasto (Catamarca)



Pieza N° 24
Fuente Guernado
(Catamarca)

Pieza N° 28
Punta de Balasto (Catamarca)

Colección DVQVE

Con los más chicos se puede ayudar a re narrar el cuento y mostrarles los dibujos.

Contarles también que, si bien ésta es la historia del sapo, la gente de antes de verdad hacía esos dibujos y decoraban las cosas que usaban en casa, pero eran de otros materiales. Antes eran de cerámica y ahora son de plástico o de vidrio, pero igualmente tienen dibujos y decorados.

Les mostramos los motivos con los que decoraban la cerámica los diaguitas y les contamos que eran justamente los bichitos que aparecen cuando llueve porque ellos necesitaban de la lluvia para cultivar sus alimentos:

Les podemos dar lápices y papeles y les pedimos que hagan dibujos sobre el cuento y sus personajes o que imiten los dibujos de los Diaguitas.

¿Para qué me sirve aprender esto?

Conocer el pasado de las sociedades es una forma de construir nuestra identidad como salteños y como argentinos. En este caso, los relatos sobre vidas de otras personas sirven para aprender a escuchar, a retener la información para re narrar, a observar imágenes antiguas (fuentes primarias), etc. además de saber sobre la vida cotidiana de las poblaciones diaguito calchaquíes, cuya forma de resolver el uso del espacio y el manejo de los recursos en las montañas es realmente fascinante.